Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes
APdeBA

El rol del tabú sexual en el debut adolescente

Carlos Moguillansky

Resumen: El texto propone al tabú sexual y a lo sagrado como hitos en el pasaje de la sexualidad infantil hacia el sexo adulto. Se apoya en cuento de Abelardo Castillo para ejemplificar las derivaciones entre las figuras de la madre y de la prostituta, como dos íconos extremos de la imaginería sexual de un adolescente. La mirada pone en juego un sujeto escamoteado, tanto en la prostituta, ajena a su cuerpo, como en los niños, ajenos a su participación sexual en esa aventura inicial. La aparición del sujeto en ambos polos de esa escena da un giro ejemplar a la mutua participación de los personajes. El texto es un breve recorrido por las ideas de tabú, de conflicto edípico y de disociación de la vida erótica.

Descriptores: Tabú, Vida Erótica, Conflicto Edípico, Sujeto, Disociación.

El acceso a la vida sexual adolescente suele tener una atmósfera de desafío. Esa actitud está sostenida por una defensa de desmentida que incluye al menos dos personajes en la escena: a) el que debe no saber qué ocurre y b) el que es expuesto a la escena sexual. Ese desafío tiene un amplio abanico de posibilidades, pero debe custodiar un punto límite de represión sexual, para evitar que la escena sea una catástrofe. En ese clima de desafío usual, la desmentida y la represión coexisten y definen los contornos de la escena sexual que allí se desarrolla. La clandestinidad del desafío mantiene una dimensión represiva que, en algún lugar de la escena, es sostenida y ejercida, sea por una persona o por una institución. Dicha custodia, llegado un extremo, se pone en ejecución para la defensa del joven y/o de su dignidad personal o sexual. Ambos términos de la motivación —el desafío y la custodia— parecen esenciales, tanto para expandir los límites de la exploración como para definir la custodia de ese aspecto vulnerable. La coexistencia de esos dos procesos de defensa requiere la puesta en juego de una escisión defensiva, que deslinde aquellos polos del conflicto sexual: el aspecto desafiante, que desea explorar y ampliar los límites de su poder y de su capacidad y el aspecto parental, que custodia la vulnerabilidad infantil, ahora en riesgo.

El proceso de dicha exploración transita desde los bastiones de una infancia más o menos virginal, en el camino hacia un ejercicio de la aptitud sexual adulta. En ese camino, jalonado por custodias y desafíos, se atraviesan puntos clave, que revelan la ruptura o la profanación de aspectos sagrados enclavados en el cuerpo sexual del joven, sea mujer o varón, que son violentados al ser puestos en juego —la desfloración es un ejemplo práctico de dicha profanación—. Lo que se juega en esa escena es un paso borroso entre dos planos del ejercicio sexual: aquel que la desmentida mantiene como un desafío algo vehemente y falto de auto custodia —toda vez que ésta ha sido delegada y proyectada en quien debe no saber— y que debe conservar los carriles de una necesaria represión del conflicto edípico, para evitar un hecho sin retorno. Este hecho puede llegar a la deshumanización de un fenómeno abusivo.

Estas razones conducen a una nueva comprensión del rol de la profanación en la metamorfosis puberal y en el subsiguiente debut sexual adolescente. El cuento de Abelardo Castillo *La madre de Ernesto* da cuenta de algunos detalles elocuentes. Tres jóvenes provincianos se enteran que la madre de su amigo Ernesto es la nueva prostituta del pueblo. Los tres sienten curiosidad, culpa y atracción. El cuento prosigue:

> *…Yo dije algo acerca de las veces que habíamos jugado juntos; después me quedé pensando, y alguien, en voz alta, formuló exactamente lo que yo estaba pensando. Tal vez fui yo: –Se acuerdan cómo era. Claro que nos acordábamos, hacía tres meses que nos veníamos acordando. Era morena y amplia; no tenía nada de maternal. –Y además ya fue medio pueblo. Los únicos somos nosotros. Nosotros: los únicos. El argumento tenía la fuerza de una provocación, y también era una provocación que ella hubiese vuelto. Y entonces, puercamente, todo parecía más fácil. Hoy creo –quién sabe– que, de haberse tratado de una mujer cualquiera, acaso ni habríamos pensado seriamente en ir. Quién sabe. Daba un poco de miedo decirlo, pero, en secreto, ayudábamos a Julio para que nos convenciera; porque lo equívoco, lo inconfesable, lo monstruosamente atractivo de todo eso, era, tal vez, que se trataba de la madre de uno de nosotros. –No digas porquerías, querés –me dijo Aníbal…*

Castillo juega el conflicto de culpa y atracción por la inusitada presentación de la madre de "uno de nosotros" ofreciendo sexo. Un sexo tan accesible como imposible. El cuerpo de la prostituta se alquila como una mercancía, pero el de una madre… Ahí se advierte el lugar del tabú que, al modo de una bisagra, articula el deseo casi impensable con la prohibición sagrada. El cuento describe cuando los jóvenes van a tener sexo con ella, llenos de

aprensión e infatuación, embriagados por el coñac robado a papá. El desafío no sólo está presente en el robo del coñac, sino en la usurpación nada sutil de su adultez de papá:

> *…Una semana más tarde, Julio aseguró que esa misma noche conseguiría el automóvil. Aníbal y yo lo esperábamos en el bulevar. –No se lo deben de haber prestado –A lo mejor se echó atrás. Lo dije como con desprecio, me acuerdo perfectamente. Sin embargo, fue una especie de plegaria: a lo mejor se echó atrás. Aníbal tenía la voz extraña, voz de indiferencia: –No lo voy a esperar toda la noche; si dentro de diez minutos no viene, yo me voy. –¿Cómo será ahora? –Quién... ¿la tipa? Estuvo a punto de decir: la madre. Se lo noté en la cara. Dijo la tipa. Diez minutos son largos, y entonces cuesta trabajo olvidarse de cuando íbamos a jugar con Ernesto, y ella, la mujer morena y amplia, nos preguntaba si queríamos quedarnos a tomar la leche. La mujer morena. Amplia. –Esto es una asquerosidad, che. –Tenés miedo –dije yo. –Miedo no; otra cosa. Me encogí de hombros: –Por lo general, todas éstas tienen hijos. Madre de alguno iba a ser. –No es lo mismo. A Ernesto lo conocemos. Dije que eso no era lo peor. Diez minutos. Lo peor era que ella nos conocía a nosotros, y que nos iba a mirar. Sí. No sé por qué, pero yo estaba convencido de que cuando ella nos mirase iba a pasar algo…*

Castillo describe la proyección en la vida grupal del conflicto de cada uno, entre su culpa ante lo sagrado/ prohibido y su paralela inconfesable atracción. La tipa y la madre tienen dos lugares separados por la escisión defensiva de un objeto sexual irresistible y, a la vez, imposible. Si es una madre o la mujer deseada o, aún más, si esa mujer deseada es "la madre de uno de nosotros". El tabú encaja justo allí, en sus dos rostros de Jano, para dar vía libre al deseo ajeno por un cuerpo ajeno, tal como es presentado en la oferta de la puta: *"te doy mi cuerpo que ya no es mío, para que tú puedas ejercer un deseo anónimo que aún no es tuyo".* La escisión escamotea a los sujetos del abuso de los cuerpos. La puta ya no es dueña del cuerpo que ofrece y los niños aún no son dueños de los cuerpos anónimos que consumen ese sexo. Ese hecho contrasta con el recurso a la mirada, en la sospecha del pibe que piensa que las miradas - esta vez, de persona a persona y de niño a madre – obligarán a enfrentar la verdad, y no caben los escondites. Allí lo sagrado aparecerá con toda su eficacia y su turbadora doble presencia. Las personas aparecerán donde estaban los cuerpos anónimos, sin dueño. Y con ellas, aparecerá el abuso de todos los cuerpos, de todos. Castillo culmina:

> *…Ahí estaba ella. Nos quedamos mirándola, fascinados. El deshabillé entreabierto y la tarde de aquel verano, antes, cuando todavía era la madre de Ernesto y el vestido se le separó del cuerpo y nos decía si queríamos quedarnos a tomar la leche. Sólo que la mujer era rubia ahora. Rubia y amplia. Sonreía con una sonrisa profesional; una sonrisa vagamente infame. –¿Bueno? Su voz, inesperada, me sobresaltó: era la misma. Algo, sin embargo, había cambiado en ella, en la voz. La mujer volvió a sonreír y repitió "bueno", y era como una orden; una orden pegajosa y caliente. Tal vez fue por eso que, los tres juntos, nos pusimos de pie. Su deshabillé, me acuerdo, era oscuro, casi traslúcido. – Voy yo –murmuró Julio, y se adelantó, resuelto. Alcanzó a dar dos pasos: nada más que dos. Porque ella entonces nos miró de lleno, y él, de golpe, se detuvo. Se detuvo quién sabe por qué: de miedo, o de vergüenza tal vez, o de asco. Y ahí se terminó todo. Porque ella nos miraba y yo sabía que, cuando nos mirase, iba a pasar algo. Los tres nos habíamos quedado inmóviles, clavados en el piso; y al vernos así, titubeantes, vaya a saber con qué caras, el rostro de ella se fue transfigurando lenta, gradualmente, hasta adquirir una expresión extraña y terrible. Sí. Porque al principio, durante unos segundos, fue perplejidad o incomprensión. Después no. Después pareció haber entendido oscuramente algo, y nos miró con miedo, desgarrada, interrogante. Entonces lo dijo. Dijo si le había pasado algo a él, a Ernesto. Cerrándose el deshabillé lo dijo.* (Castillo, 1997)[1]

No hace falta agregar nada más. Castillo ha dicho lo necesario. En las miradas, las personas recuperan sus desmentidas y el desafío abandona el dominio de sus cuerpos. En el centro está la emoción de todos, ahora inevitable. Esa reacción mutua de las personas, centrada en el contacto de sus miradas, es un espejo en el que cada quien se ve, obligado como está, a reconocerse en los ojos del otro que lo mira. En las antípodas del espectáculo seductor del deshabillé entreabierto y del consumo anónimo de la transacción de los cuerpos. La mirada simplista y sobre simplificada de la aventura juvenil queda al descubierto, en la doble mirada de esa puta y de esos niños, vueltos a su origen en las escenas de la merienda hogareña. La custodia de la represión primaria del ligamen edípico es expuesta con elocuencia por la madre de Ernesto.

Si esa custodia cae, se rompe un zócalo imprescindible y se ingresa en el terreno del trauma. Lo que sigue luego será una erotización exaltada, alejada de la excitación sexual, pero fácil de ser confundida con ella. Allí enfrentamos un punto calve de la neurosis, en

[1] Castillo, A. (1997). "La madre de Ernesto", en *Cuentos completos*. Buenos Aires, Alfaguara. Le agradezco a Cristina Bissón, mi esposa, la sugerencia de incluir la lectura de este texto como ejemplo clínico.

tanto ese retorno de lo reprimido deviene un hecho intolerado y traumático. Y la erotización subsiguiente será la marca en el orillo de su condición traumática.

Esas figuras extremas, propuestas por Castillo, se ven a diario en el juego anónimo del sexo, usual en un baile, en cada previa, donde dos o más jóvenes juegan con su sexo, sin saber el nombre de su partenaire. O en las citas digitales, donde el sobreentendido del encuentro es para ejercer un sexo casual y anónimo. O en las redes sociales, donde el espectáculo está al servicio de un contacto efímero. En el juego de la aparente cercanía accesible, lo humano desaparece y es reemplazado por el modelo de la llave y de la cerradura, sin obstáculos ni tropiezos emotivos. Un nada sutil desplazamiento homologa el encuentro humano con los utensilios técnicos —pantallas, *gadgets*— que ofrecen un uso y un placer artificial. El deslizamiento atropella a los sujetos, quienes, en el olvido de sus propias historias, abusan de sus cuerpos y danzan al compás del consumo excitista, narcisista o espectacular. La mirada juega un papel central, banalizando la intimidad o transformándola en una complicidad oscura, en la que alguien —en general, ellos mismos— debe no saber qué ocurre. La aparente ignorancia cómplice encubre el escamoteo del sujeto, escondido tras la puerta de la escena. Tras él, lo íntimo se escamotea en el juego profano de consumos y espectáculos.

Si esos atajos se evitan, lo "sagrado" de la represión sexual ofrece su doble faz a una exploración sexual que culmina en una entrega emocional. Parece ser una conmoción más que una ruptura. Lo sagrado se transmite y se preserva a lo largo de dicha transición y ocupa nuevos objetos y actos. Por ello, debemos prestar atención a los detalles de los ritos y a los aparentes caprichos de la vida grupal adolescente, donde se alojan sutiles modos represivos de lo sagrado, como protección adicional ante la inseguridad e incerteza de los escarceos sexuales. Nada es casual ni aparente. Dichos ritos y modos de contacto condensan nuevas formas de conservación sagrada de una certeza, necesaria a lo largo de las épocas, a la hora de enfrentar lo desconocido de cada uno. No obstante, la conmoción profanadora de ese tabú sagrado es un hito y marca un antes y un después, entre la vida sexual infantil y el ejercicio de un sexo decidido, algo así como un sinónimo de sexo adulto. En ese tránsito, lo reprimido circula y se renueva, como un recurso defensivo habitual en cada momento. Allí parece estar la posible respuesta al tránsito entre el sexo infantil y el sexo adulto como dos fases de la organización genital: el atravesamiento de una zona corporal sagrada o tabú y el inicio de una práctica sexual, hasta ese momento apartada del intercambio. Dicho atravesamiento se da en el terreno del conflicto incestuoso y edípico, por momentos borroneado y confundido por el desafío de la desmentida, aunque en general se sostengan en la escena los resortes de la custodia represiva. Una vez más, advertimos la coexistencia del gesto arriesgado del debut y de la custodia de la institución

latente. Ambos, en una relación de continente y contenido prestan su función al devenir evolutivo.

Sandor Ferenczi señaló que las dos manifestaciones de la organización genital —infantil y adulta— generan una confusión de lenguas. En efecto, el psicoanálisis reconoce sus distintas lenguas, más allá del prejuicio social o legal. Ningún parámetro establece la diferencia, salvo la motivación —inmadura o sexualmente decidida— de cada partícipe. La sociedad se encarga de esa custodia, pues la inmadurez no discierne entre el deseo de explorar y el goce de un sexo decidido. En ese umbral, el abuso se presenta, aunque la víctima crea en su victoria, porque accedió a un privilegio inusitado.

Carlos Moguillansky: Médico psiquiatra y psicoanalista. Miembro Titular con función didáctica de APdeBA, de la que fue Secretario científico y Presidente. Miembro del Consejo Editorial del *International Journal of Psychoanalysis* (2001-2008). Autor de *Decir lo Imposible*, *Clínica de Adolescentes*, *Las latencias*, *El dolor y sus defensas*. Editor de *J. Bleger Revisited* y *The work of Donald Meltzer* by IPA Publications Committee.

O papel do tabu sexual na estreia da adolescência

Resumo: O texto propõe o tabu sexual e o sagrado como marcos na passagem da sexualidade infantil ao sexo adulto. Apoia-se na história de Abelardo Castillo para exemplificar as derivações entre as figuras da mãe e da prostituta, como dois ícones extremos do imaginário sexual de uma adolescente. O olhar põe em jogo um sujeito oculto, tanto na prostituta, alheia ao seu corpo, quanto nas crianças, alheias à sua participação sexual naquela aventura inicial. A aparição do sujeito em ambos os pólos daquela cena confere um caráter exemplar à participação mútua dos personagens. O texto é um passeio pelas ideias de tabu, conflito edipiano e dissociação da vida erótica.

Descritores: Tabu, Vida Erótica, Conflito Edipiano, Sujeito, Dissociação.

The role of sexual taboo in adolescent debut

Abstract: The text proposes sexual taboo and the sacred as milestones in the passage from childhood sexuality to adult sex. It is based on the story of Abelardo Castillo to exemplify the derivations between the figures of the mother and the prostitute, as two extreme icons of the sexual imagery of an adolescent. The gaze puts into play a hidden subject, both in the prostitute, alien to her body, and in the children, alien to their sexual participation in this sexual adventure. The appearance of the subject in both poles of this scene give an exemplary turn to the mutual participation of the characters. The text is a brief tour on the ideas of taboo, of Oedipal conflict and of dissociation of erotic life.

Descriptors: Taboo, Erotic Life, Oedipal Conflict, Subject, Dissociation.

REFERENCIAS

Castillo, A. (1997). La Madre de Ernesto. En *Cuentos completos*. Alfaguara.
Freud, S. (1979). Totem y Tabú. En *Obras Completas*. Amorrortu. (Trabajo original publicado 1913)
_____. (1979): El tabú de la virginidad. Psicoanálisis de la vida erótica. En *Obras Completas*. Amorrortu. (Trabajo original publicado 1917)